



“Churcar” las alternativas al desarrollo

Por: **Eduardo Gudynas**
Investigador CLAES

COMO LAS IDEAS DE DESARROLLO ESTÁN TAN PROFUNDAMENTE ARRAIGADAS, LOS INTENTOS DE BUSCAR ALTERNATIVAS A ELLA SON CASI COMO “NADAR CONTRA LA CORRIENTE” CULTURAL PREVALECIENTE. PARA ESE PROPÓSITO SON NE-

CESARIOS CAMBIOS RADICALES DESDE EL INICIO MISMO DE LOS ABORDAJES, Y ANTES QUE CITAR A MARX O LENIN, CONSIDERO MÁS ADECUADO INSPIRARSE EN UNA VIEJA PALABRA DE LOS TACANA DE BOLIVIA: “CHURCAR”

El concepto de desarrollo sigue despertando reacciones encontradas. Para algunos es una meta indispensable, revestida de beneficios sociales y económicos; para otros expresa desigualdad y desemboca en impactos sociales y ambientales. Se lo ha prometido muchas veces, y aunque otras tantas se ha fracasado, sigue siendo teniendo un amplio sustento social. Hoy por hoy, gobiernos ideo-

lógicamente dispares, como los de Chile o Bolivia, acuerdan en defenderlo, en el primer caso como “desarrollo económico” y en el segundo como “desarrollo integral”.



Eduardo Gudynas es investigador en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES).

El presente artículo está basado en la conferencia del autor en la mesa redonda sobre críticas al desarrollo contemporáneo y alternativas, organizada por CEDIB, CENDA, Agua Sustentable, Plataforma Boliviana frente al Cambio Climático, UMSS, CLAES, y otros, realizado en Cochabamba el pasado mes de octubre 2012.

Esto hace que para avanzar en alternativas se debe ir contra la corriente de unas ideas del desarrollo profundamente arraigadas en nuestras culturas. Esto es “churcar” las alternativas al desarrollo.

El sentido del desarrollo

En castellano, aunque la palabra “desarrollo” encierra varios sentidos, prevalecen aquellos enfocados en la economía: evolución progresiva de una economía hacia mejores niveles de vida¹. Esta es una idea que ha estado asociada al progreso, ▷

▷ en particular en el campo económico, desde donde se generan conceptos que a su vez conforman otros campos, como la política o el bienestar.

Los aspectos básicos de estas ideas cristalizaron a mediados del siglo XX, donde el “motor” del desarrollo sería el crecimiento económico. Esto permitiría progresar desde situaciones de atraso, por ejemplo aquellas propias de una sociedad rural, a otras más avanzadas, como la industrialización. Paralelamente, se derramarían efectos positivos en la población, como acceso a mejores empleos y reducción de la pobreza.

Esta idea del desarrollo rápidamente dejó de ser una mera cuestión económica, y se convirtió en algo mucho más amplio, incluyendo, por ejemplo, modelos de organización política, adhesiones a ideas particulares sobre el bienestar y hasta nuevas relaciones internacionales. Así se

instaló “el desarrollo” como un programa que, desde algunos países industrializados, se lo presentó como modelo para todas las demás naciones. Hacia finales de la década de 1940, el mundo quedó dividido entre países “desarrollados” y “subdesarrollados”, donde los últimos debían tomar como ejemplo a los primeros.

Este no era solamente un modelo económico, sino que se defendía una cierta idea de democracia liberal, el consumo material como principal vehículo del bienestar social, y la defensa de la modernización cultural y política. Se generó una institucionalidad específica (con bancos internacionales para financiar el desarrollo, ministerios de desarrollo, cursos para entrenar una expertocracia, etc.), y hasta un ordenamiento internacional vinculado al comercio y la “ayuda internacional”.

Este es un desarrollo esencialmente lineal, de un progreso continuado, donde los seres humanos aprovechaban la Naturaleza. Se reforzó

una cultura vinculada al consumo material, la política debía necesariamente expresarse siguiendo los modelos occidentales de las democracias liberales, y la ciencia y tecnologías modernas ofrecían los medios para alcanzar esos fines.

Las sociedades del sur, no importa cuál fuese su historia previa ni su cultura, debían abandonarlas, y lanzarse a ese mismo camino. Todos debían seguir las mismas etapas en la ruta del crecimiento económico, tal como las definía W.W. Rostow.²

Estas concepciones tuvieron efectos muy profundos en América Latina, donde esa idea occidental del desarrollo rápidamente se difundió, ocultando o subordinando otras concepciones. Esta rápida asimilación no puede sorprender, ya que se articulaba fácilmente con las ansias de progreso, que se habían consolidado en todo el continente desde el siglo XIX. Para tomar conciencia de esas raíces históricas basta recordar la leyenda en la bandera de Brasil “Orden y progreso”, una frase tomada de Auguste Comte.³

Sin duda que la difusión de estas ideas del desarrollo no estuvieron exentas de disputas, muchas veces acaloradas. Liberales, conservadores y socialistas, en sentido amplio, discutían sobre las mediaciones para alcanzar el desarrollo, si sus principales agentes serían las empresas privadas o el Estado, o el papel que debería desempeñar el mercado. Pero todos ellos deseaban industrializarse, y esa aspiración se repetía en nuestro continente.

Las contribuciones latinoamericanas más importantes a este debate, tal como el estructuralismo temprano o las diferentes

Por un lado se encuentran los “desarrollos alternativos” y por el otro, las “alternativas al desarrollo”. En el primer caso están los nuevos arreglos en instituciones y procedimientos para rectificar el desarrollo. En el segundo caso se buscan alternativas a las ideas básicas del desarrollo. En otras palabras, el propósito es trascender la creencia en el crecimiento económico, la asimilación del bienestar con el consumo, o la linealidad de un mismo proceso histórico para todas las culturas en todos los rincones del planeta.





caso se demostraba que la idea de un crecimiento perpetuo era imposible, sea por la acumulación de los impactos ambientales como debido a que el acervo de varios recursos naturales era limitado. Esa alerta desencadenó duras reacciones en contra, tanto desde las miradas conservadoras de esos años, como desde la izquierda. Unos y otros defendían la creencia en el crecimiento económico, y tan sólo discutían cómo administrarlo, y quiénes serían sus agentes.

se ofrecían nuevas propuestas, muchas de ellas con el propósito de subvertir esa creencia en el progreso material perpetuo, pero al poco tiempo regresaba el viejo desarrollo. No era el mismo de antes, ya que aceptaba algunos cambios, pero conservaba sus esencias. Así aparecieron las propuestas de "desarrollo humano", "desarrollo local", "desarrollo integral", "desarrollo endógeno", y así sucesivamente. El desarrollo se volvió una idea plural, pero más allá de esa diversidad, se consolidó el núcleo de su base conceptual.

Llegados a este punto es necesario distinguir dos vertientes frente al desarrollo: por un lado se encuentran los "desarrollo alternativos" y por el otro, las "alternativas al desarrollo". En el primer caso están los nuevos arreglos en instituciones y procedimientos para rectificar el desarrollo; no están en discusión sus bases conceptuales, sino sus implementaciones, las mediaciones, etc. Sus ejemplos más claros son el "desarrollo humano", el "desarrollo integral", y todos los demás tipos que se postulan para compensar o superar los más diversos problemas.

La primarización de las exportaciones regionales ha aumentado, aprovechando los altos precios de las materias primas, aunque reduciendo la industrialización

versiones de la teoría de la dependencia, dejaron en claro varias cosas, tales como que el desarrollo de los países del norte era un proceso inseparable del subdesarrollo en nuestro continente. Pero aunque en su momento fueron muy radicales, eran discusiones dentro del gran marco de un desarrollo posible, y en especial entendido como un progreso hacia la industrialización. Estas discusiones fueron, por lo tanto, ajustes y rectificaciones dentro de ese campo de creencias, y no sobre sus basamentos conceptuales.

Rectificaciones y permanencias

Por lo menos desde la década de 1960 aparecieron críticas de nuevo tipo, cada vez más radicales, y que buscaban cambios en esas ideas básicas. Entre las más conocidas están las alertas sobre los efectos sociales del crecimiento económico, los llamados a enfocarlo en atender las necesidades humanas, el reclamo de un nuevo orden económico internacional, y así sucesivamente.

Uno de los ataques más duros contra las ideas convencionales del desarrollo ocurrió a inicios de los años setenta, con la publicación de un reporte sobre los límites ecológicos al crecimiento⁴. En ese

convencional parecía retroceder ante críticas demolidoras como las ambientales. Pero al poco tiempo reaparecía, reformado y rectificado, en ese caso como "desarrollo sostenible". Esto se vivió una y otra vez a lo largo de las décadas siguientes. Aparecían nuevos flancos débiles en las ideas del desarrollo, se lanzaban las críticas,





Foto: shutterstock.com/awest

El desarrollo convencional parecía retroceder ante críticas demoledoras como las ambientales. Pero al poco tiempo reaparecía, reformado y rectificado, en ese caso como “desarrollo sostenible”. Esto se vivió una y otra vez a lo largo de las décadas siguientes

▷ En el segundo caso se buscan alternativas a las ideas básicas del desarrollo. En otras palabras, el propósito es trascender la creencia en el crecimiento económico, la asimilación del bienestar con el consumo, o la linealidad de un mismo proceso histórico para todas las culturas en todos los rincones del planeta. Se busca suplantarse la misma idea de desarrollo, como producto cultural propio de la Modernidad occidental. En este terreno hay esfuerzos que van desde posturas ambientalistas que reconocen los derechos de la Naturaleza a las nuevas discusiones sobre el Vivir Bien en los países andinos.

Desarrollos progresistas: cambio y permanencia

La llegada de gobiernos progresistas a América del Sur ofrece nuevos ejemplos sobre esta tensión entre cambios posibles y adhesión al desarrollo. El progresismo conquistó las presidencias postulando reformas sustanciales, y en particular como alternativas al neoliberalismo o reduccionismo de mercado.

Es necesario reconocer que casi todos esos gobiernos, más allá de sus diferen-

tes estilos, implantaron algunas reformas que rompieron con aquellos estilos neoliberales. Pero también se está volviendo evidente que permanecen muchos componentes propios del desarrollo convencional, y entre los más urticantes está la prevalencia de la dependencia de exportar materias primas. En efecto, todos los gobiernos progresistas de América del Sur se han volcado al extractivismo, en unos casos es minería, en otros hidrocarburos, y finalmente, están aquellos enfocados en agroalimentos. La primarización de las exportaciones regionales ha aumentado, aprovechando los altos precios de las materias primas, aunque reduciendo la industrialización (incluso en Brasil).

En algunos casos, la permanencia del desarrollo convencional se festeja alabando la ortodoxia macroeconómica (se dice, por ejemplo, que los ministerios de economía son “serios” por asegurar la estabilidad fiscal, controlar la inflación y cumplir con el endeudamiento internacional). En otros casos, aparece un “nacionalismo de los recursos naturales”, donde se intenta que el Estado se comporte como una

empresa capitalista que maximice sus ganancias apelando al extractivismo

(como sucede con los hidrocarburos en Bolivia, Ecuador y Venezuela).

Pero este extractivismo es distinto de aquel alentado bajo el reduccionismo de mercado, en tanto ahora está más recostado sobre el Estado. En unos casos lo llevan adelante empresas estatales o mixtas, en otros se han elevado la carga tributaria, y a veces se lo intenta regular con más ahínco.

Más allá de esas variedades, el extractivismo es concebido como un elemento clave para asegurar el crecimiento económico, y con ello se refuerzan las ideas clásicas del desarrollo. El Estado progresista busca captar mayores proporciones del excedente generado desde las exportaciones, pero a la vez debe asegurar la permanencia de esas actividades, el ingreso de inversión extranjera, y la exportación de esos recursos. De esta manera, las exportaciones y las inversiones son los ingre-

dientes necesarios para mantener el crecimiento económico, y éste revive como "motor" del desarrollo. En el caso de los gobiernos progresistas, bajo distintas modalidades e intensidades, el Estado interviene, sea alentando o asegurando esos emprendimientos extractivos, mientras que simultáneamente redistribuye parte de los dineros captados en programas de asistencia social (los más conocidos son los pagos mensuales en dinero a los sectores más pobres).

Sin embargo, ese mismo extractivismo genera enormes impactos ambientales y sociales. En tanto se lo lleva adelante bajo procedimientos más intensivos o de mayor cobertura territorial, en áreas remotas, desplazando comunidades campesinas o indígenas, no puede extrañar que desencadene resistencias y protestas sociales. Una reciente revisión muestra que, a mediados de 2012, existían conflictos sociales frente al extractivismo en todos los países sudamericanos, desde Argentina y Chile en el sur, a Venezuela, Guyana y Suriname en el norte. Además, en Bolivia, Ecuador y Perú, se lanzaron marchas ciudadanas contra el extractivismo y en defensa de territorios o el agua. De esta manera, la conflictividad social ha dejado de ser una excepción, y se convirtió en una regla. Y de la misma manera, las diferencias entre gobiernos

En el caso de los gobiernos progresistas, bajo distintas modalidades e intensidades, el Estado interviene, sea alentando o asegurando esos emprendimientos extractivos, mientras que simultáneamente redistribuye parte de los dineros captados en programas de asistencia social

de derecha e izquierda en esta dimensión del desarrollo se desvanecen, ya que ambos apuesta a crecer económica-

mente, y para ello apelan a exportar materias primas.

El progresismo gobernante sin duda exploró algunas opciones entre "desarrollos alternativos" (en Bolivia, Ecuador y sobre todo en Venezuela), pero no han logrado adentrarse en las "alternativas al desarrollo". Muchos de los avances gubernamentales se fueron deteniendo poco a poco, los actores y dinámicas productivas se reorganizaron, y reapareció el desarrollo convencional una vez más. Por supuesto que no es el mismo de antes, ya que sin duda es distinto a los estilos bajo los

gobiernos neoliberales. Es un "desarrollo alternativo" de nuevo cuño, rectificado, más estatista pero igualmente extractivista, con discursos nacionalistas pero igualmente dependiente de los mercados globales que compran nuestras materias primas, más compensador en lo social,

también más popular aunque reprime y oprime la resistencia ciudadana cuando ésta pone en riesgo su inserción como proveedor de materias primas.

Ese re-encauzamiento del desarrollo ha sido un lento proceso en varios gobiernos, y todavía más lento ha sido el reconocimiento de esa permanencia entre algunos movimientos sociales. En cambio, en Perú, esto ocurrió en unos tres meses: el gobierno de Ollanta Humala se inició como progresista, pero ante la resistencia

social a la megaminería, finalmente decidió defender las inversiones y acentuar su estrategia extractivista.

La propia condición progresista hace que la distinción entre "desarrollos alternativos" y "alternativas al desarrollo" sea oscurecida. Es que los gobiernos de izquierda se presentan a sí mismo como la alternativa extrema, y más allá de ella no habría casi nada. En países como Bolivia, la constante retórica radical, revestida con citas a Marx

o Lenin, genera la ilusión de un cambio radical en el desarrollo, y permite decir que cualquier llamado a las verdaderas alternativas sea tildado de un regreso a un pasado neoliberal.

En realidad el "modo de producción" (la dependencia en exportar materias primas), no ha cambiado, y en sentido estricto estamos frente a una nueva variedad de "desarrollo alternativo". Álvaro García Linera, en su análisis de la "geopolítica de la Amazonia", admite que en el país se han cambiado la propiedad de los medios de producción, de la riqueza pública y la dis-

Mientras las mayorías siguen el flujo del río desarrollista, las alternativas requieren un gran esfuerzo, se deben aprovechar opciones aquí y allí, como pueden ser ejemplos de innovaciones desde los grupos locales, para "engancharse" en ellos, hacerlos conocer, y desde allí proseguir la ruta aguas arriba. Ese remar con fuerza contra la corriente es "churcar"

tribución del excedente económico, pero enfáticamente reconoce: "pues claro que en lo fundamental no se ha modificado" el modo de producción⁵. Se brindan una serie de justificaciones para esta situación, que van desde las condiciones históricas hasta las capacidades de maniobra de un pequeño país como Bolivia. Más allá de los acuerdos o desacuerdos con su diagnóstico, es impactante que se desemboque en una situación donde no hay alternativas al extractivismo, lo que es lo mismo que decir que no hay alternativas al desarrollo.

Después de una larga lista de críticas al papel de las organizaciones indígenas y de otros sectores de la sociedad (especialmente las ONGs), García Linera deja en claro que su ideal de "desarrollo" es una sociedad de la industria y el conocimiento, y que para alcanzarla no hay más remedio que aprovechar el extractivismo. A su juicio no hay otra alternativa, y cualquier crítica a esto representa un intento de "restauración conservadora".

Se podrá citar a los clásicos del socialismo, pero esas ideas de una sociedad cognitiva e industrial son muy comunes entre tiendas liberales, y hasta es un modelo ▶



Foto: radioeltrabajo.net

▷ subvencionado por el Banco Mundial. Aparece aquí el profundo arraigo cultural que tiene, tanto en la izquierda como en la derecha, la idea convencional del desarrollo. Por lo tanto, un examen desapasionado mostraría que con ese programa se vuelve a caer en la dependencia de exportar materias primas es lo que más se parece a una “restauración” de la vieja condición boliviana, mientras que los esfuerzos de cambio hacia la industrialización recuerdan las promesas de la revolución de 1952.

De esta manera, en la “geopolítica de la Amazonía” de García Linera no hay alternativas al desarrollo y sólo son posibles “desarrollos alternativos” mediados por el extractivismo. El Estado debe captar parte de esas riquezas para alimentar programas de compensación económica. No es que esos programas estén mal en sí mismos, pero son insuficientes. Hay una equivocación básica en asumir que un país puede remontar la subordinación desprendiéndose de su patrimonio natural, siempre y cuanto pueda quedarse con una tajada de dinero para asistir a los más pobres.

“Churcar” las alternativas al desarrollo

Como las ideas de desarrollo está tan profundamente arraigadas, los intentos de buscar alternativas a ella son casi como “nadar contra la corriente” cultural prevalente. Para ese propósito son necesarios cambios radicales desde el inicio mismo de los abordajes, y antes que citar a Marx o Lenin, considero más adecuado inspirarse en una vieja palabra de los tacana de Bolivia: “churcar”. Es un ejemplo apropiado, ya que se origina en el oriente boliviano, donde hoy se vuelven a reproducir los debates sobre los sentidos del desarrollo.

Esta expresión aparece en el diario del italiano, Luigi Balzan, cuando en marzo de 1892 se enfrentó a la necesidad de remontar el Río Mamoré. Describe esa faena en detalle: “Remontar el río en batelón es muy cansador para la tripulación, sin contar que es siempre necesario hacer fuerza con los remos. A veces hay lugares donde por un árbol caído, se tiene que abandonar la orilla y no se puede a cruzar a remo; entonces es imprescindible agarrarse de los árboles o de la hierba con el gancho ... con la cual los remeros se enganchan a las ramas, jalan y después se enganchan en otra, y así sucesivamente.”



Ese extractivismo genera enormes impactos ambientales y sociales. En tanto se lo lleva adelante bajo procedimientos más intensivos o de mayor cobertura territorial, desplazando comunidades campesinas o indígenas, no puede extrañar que desencadene resistencias y protestas sociales.

Esta es precisamente la tarea de construir las alternativas al desarrollo: ese ir contra la corriente. Mientras las mayorías siguen el flujo del río desarrollista, las alternativas requieren un gran esfuerzo, se deben aprovechar opciones aquí y allí, como pueden ser ejemplos de innovaciones desde los grupos locales, para “engancharse” en ellos, hacerlos conocer, y desde allí proseguir la ruta aguas arriba.

Ese remar con fuerza contra la corriente es “churcar”: “se necesita entonces churcar o ir a fuerza de remos”, dice Balzan en su diario⁶. Churcar es una palabra propia de la etnia tacana que expresa ese remar con fuerza, y que describe perfectamente la tarea de construir alternativas al desarrollo. Es lidiar contra las corrientes del desarrollo que van desde la adhesión al consumismo en los barrios populares a la reproducción de la economía del desarrollo en las cátedras universitarias.

También se debe enfrentar la resistencia a esos cambios, cuando no los decididos ataques para evitarlos. Balzan dice en su diario que “para remontar los ríos es preciso aproximarse a la orilla con el peligro de irritar a las avispas que anidan en los sauces o sobre el agua; se recibirán pi-

caduras muy dolorosas.” Cuando se tocan esos nidos de avispas “los pobres indios son vengados con atroces picaduras”.

Es inevitable que esas palabras inmediatamente lleven a tener el presente el largo conflicto por el TIPNIS, donde las opciones alternativas al desarrollo han desencadenado la respuesta de las “avispa” desarrollistas que están en las orillas. Aquel relato sobre los indios churcando el río, parecen una premonición de las marchas realizadas en 2011 y 2012 en defensa de los bosques del territorio del Isoboro Sécore, y que por cierto fueron “vengados con atroces picaduras” desde los ámbitos del poder en una disputa desigual.

Es así que “churcar” es un término que expresa de mejor manera el indispensable aporte de movimientos sociales, y en especial indígenas, al cambio cultural que es indispensable para avanzar hacia las alternativas al desarrollo ■

1. Definición de la Real Academia Española.
2. Rostow, W. W. Las etapas del crecimiento económico. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
3. La frase completa es: El amor por principio, el orden por base, el progreso por fin.
4. Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J. y Behrens III, W. W. Los límites del crecimiento. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
5. García Linera, A. Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista. Vicepresidencia, La Paz, 2012.
6. Balzan, L. A carretón y canoa. La obra del naturalista L. Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893). Editada y comentada por C. López Beltrán. Plural, La Paz, 2008.

Foto: <http://redpatitju.blogspot.com>